

pulsos bien soberanos del claustro, y que Monte-Casino en las irrupciones tremendas de los bárbaros, Cluny en las sombras espesas del siglo undécimo, Asís al iniciarse la Edad moderna y resentirse de suyo el régimen feudal sobre sus cimientos, han sido como faros luminosos en tormentosa noche, como nortes en extravío y descamino completos, como ideales de luz espiritual, á cuyos rayos benéficos se ha vivificado la esperanza y se ha tejido la vida.

Quitad San Benito del diluvio universal germánico y vereis cómo el trabajo se pierde por desgracia entre los empeños de la guerra y cómo la ciencia se apaga en la universal inundacion de sangre. Quitad el monacato cluniense del tiempo de los grandes terrores acompañados de infinitas desesperaciones, quitad el primero de los monjes de Cluny, Gregorio VII, y vereis cómo el catolicismo no puede, combatido por la fuerza del brazo imperial y del brazo feudal, crear la unidad íntima del Occidente europeo, ni mucho menos impedir el restablecimiento de las castas orientales por medio de aquellos obispos con influjo moral de una teocracia progresiva cuyo reinado trajo, como habian soñado los platónicos y los estoicos en su tiempo, el predominio saludable sobre la fuerza y sus violencias del espíritu y sus ideas.

Pues servicios análogos, si no iguales ó superiores presta el humilde penitente de Asís. En su cabeza mística resplandecen como una incomunicable aureola divina, los albores del espíritu moderno; en sus labios perfumados por la miel de tantas oraciones, vagan los balbuceos del pensamiento emancipado; en su doctrina evangélica se contienen todos los gérmenes fecundos de la renovacion religiosa. El Cristianismo se habia convertido antes de él, por necesidad de los humanos progresos, en una doctrina de autoridad indispensable para cumplir estos dos misterios capitales en la transicion dolorosísima del mundo antiguo al mundo moderno; para sustituir con algun principio de unidad moral y religiosa la unidad material y política perdida por Roma, y para domar con una verdadera disciplina la inteligencia inculta y la voluntad indómita de los bárbaros. Esta doctrina que desde el siglo primero al siglo quinto, apareció como una doctrina popular, se trueca desde el siglo quinto al siglo décimotercio, en una doctrina de autoridad y de dominacion. Los Papas no habian podido hacer otra cosa, en la necesidad de bautizar á los germanos y

de someter su terrible anarquía, y desde Gregorio Magno á Gregorio VII y desde Gregorio VII á Inocencio III, fulminan sus rayos contra todas las rebeliones del individualismo político y religioso, á fin de rehacer la indispensable autoridad social en las trombas de aquel caos. El primero á reanudar la tradicion evangélica resulta en los juicios definitivos y en las liquidaciones completas de la Historia, el pobre San Francisco. Diríase al verlo que ha salido de las catacumbas; que ha orado en las tinieblas eternas de aquellos enterramientos; que ha visto flamear sobre su cabeza, como sangrientos cometas, las espadas y cetos de los poderosos y á sus piés, como un infierno, las hogueras destinadas á los mártires. Para sus penitencias busca, cual todos los primitivos apóstoles, el desierto; para sus cánticos y oraciones el acompañamiento de las avecillas del aire, y para su incensario y su incienso el aroma de las flores del bosque; para la predicacion de su doctrina, el pobre y el mendigo como Jesus; porque quiere llorar con los que lloran, padecer con los que padecen, morir por los oprimidos y por los débiles.

La idea democrática del Evangelio renace al soplo de las ideas franciscanas en toda su pristina pureza. Oyese al eco de la voz del Santo, en coro sublime, sobre un mundo todo él de autoridad, de fuerza, de guerra, donde la espada es el primer derecho y la victoria es la única razon, sonar los eternos temas del sermón de la montaña; beatos los humildes, los míseros, los desgraciados, los ignorantes, los injustamente perseguidos, porque de todos ellos será el reino de los cielos. Hace bien San Francisco, pues allí está la esencia y la sustancia del cristianismo, entonces olvidado por las bárbaras instituciones sociales y las tristes sutilezas escolásticas. Cual se han impreso las cinco llagas de Cristo en su cuerpo, se han impreso las ideas de Cristo en la conciencia y en el alma de Francisco. El pueblo de Cristo es un pueblo de siervos; su familia una familia destronada; su padre un carpintero; su cuna un pesebre; sus primeros devotos los pastores; sus primeros enemigos, los fariseos; sus discípulos, pobres jornaleros; sus perseguidores un rey como Herodes, un sacerdote como Caifás, un juez como Pilatos; su templo, un desierto lleno de ideas y no la Sinagoga teocrática llena de sombras: su felicidad el anunciar los consuelos eternos al afligido, y la redencion y la libertad al opreso; su doctrina la igualdad; su vida un combate con las supersticiones

y con los privilegios; su muerte un holocausto divino por la salvacion de todos los desheredados y un anatema inapelable á la soberbia y á la crueldad de todos los tiranos.

Los tiempos feudales de Francisco se parecen á los tiempos cesáreos de Jesus. Un Papa con tres coronas en su tiara; un Emperador con espada en mano; la soberanía puesta en la propiedad, el patíbulo alzado á la entrada del puente levadizo y á la puerta del castillo señorial, como una horrible amenaza contra todos los plebeyos; bandas armadas en busca de feudos ganados en continuas guerras seguidas de merodeo continuo; la jurisdiccion y la justicia en tradiciones y costumbres no escritas ó en cartas plagadas de monstruosos privilegios; las ciudades mismas en competencias sangrientas; aquel mundo todo constituido por tan bárbaro monarca, pedia la palabra inspirada y divina de un religioso, que por campos, calles, plazas, predicase cómo la perfeccion cristiana se halla en la humildad, en la desgracia, en la miseria, entre los siervos, entre los desheredados, entre los mendigos, á fin de que las castas caigan, la igualdad avance y los maldecidos por el horror de aquellos tiempos y por la barbárie de aquellas instituciones entren á una en los claustros y se alcen y eleven á la cabeza de todos los ciudadanos, en nombre de la religion, estableciendo allí por medio de las órdenes monásticas, tan apartadas del mundo, tan desceñidas de la realidad, tan ajenas á todo movimiento político, entre ayunos y maceraciones, en vías providenciales y misteriosas, una sólida y consciente democracia, destinada en los designios del cielo y en las series del progreso á dar de sí una libre y progresiva sociedad. Si la Iglesia hubiera seguido el impulso dado por San Francisco á su pensamiento y á su vida, no sobreviene la revolucion religiosa del siglo décimo-sexto y no se rompe la unidad católica de la Europa germano-romana tal como estaba constituida desde el Cisma de Oriente. Los sucesos pasados tras la predicacion franciscana prueban cómo condensó el santo en su personalidad histórica una gran sumá de ideas vivas. Dentro del clero, en los senos de la mas pura ortodoxia, pensadores elevadísimos creyeron que sonaba la hora oportuna de organizar el espíritu evangélico en su forma natural y convertir el mundo eclesiástico en una República cristiana, recogiendo así las nuevas expansiones de la humanidad transformada por el calor que nacia de su pro-

pio movimiento y derogando la constitucion pagana y el absolutismo pontificio impuesto por las tradiciones seculares que asumian en sí la imperial é idolátrica Roma. El esfuerzo de Gerson, los grandes concilios de Constanza y Basilea, la union de la Iglesia griega y de la Iglesia latina en Florencia, la sublime obra de Savonarola, responden á esa necesidad del espíritu y pugnan por esta renovacion del Cristianismo. Puede asegurarse que San Francisco es el sentimiento y la fantasía, despertándose como facultades que forjan las intuiciones cuasi proféticas; Gerson la razon reflexiva y profundísima que formula con claridad el universal anhelo en pensamientos concretos; Savonarola y los suyos la voluntad resuelta, que lleva el nuevo ideal á las realidades impuras de la vida y lo defiende con heroismo hasta morir por su causa en el martirio, pues así como los puntos matemáticos se confunden todos en una línea, las moléculas luminosas en un destello, las chispas eléctricas en un rayo, estas grandes almas se confunden todas en el movimiento de renovacion religiosa, el cual, desde los últimos dias del siglo décimo-tercio hasta los últimos dias del siglo décimo-quinto, se dilata y á cuyo malogro y rota resultaron, para desgracia de todos y para culpa de una loca resistencia, la revolucion luterana, de rompimiento y de protesta, con las guerras religiosas y sus apocalípticos exterminios. El que tanta obra se frustrara y el castigo viniera, nada quita ciertamente al glorioso nombre de los que la intentaron, resueltos y con fe: que no ha de ser en la honrada y verdadera historia el honor siempre para el triunfo.

Pero la conciencia universal no confunde jamás las obras de progreso con las obras de reaccion, jamás. Ahí teneis á Loyola. Pocos hombres tan grandes. La energía de su voluntad corre parejas con la profundidad de su inteligencia. Ningun general organizó un ejército como él organizara la militar Compañía. Su vida real, aun contada por los mayores enemigos suyos, resulta un libro caballeresco. Su infancia en las montañas de Guipúzcoa; su presencia en la corte de los Reyes Católicos; su combate homérico en el castillo de Pamplona; su valor heróico en los tercios imperiales; el sufrimiento en la enfermedad terrible que decidió de su vocacion religiosa; la huida del hogar solariego sin recursos, la llegada increíble á Monserrat en alas de su fe; la vela de armas en el monasterio que reproduce las prácticas de Amadis y de

Gaíferos; los ejercicios espirituales en Manresa cuya eficacia convierte la voluntad y la idea en movimientos automáticos; sus predicaciones y penitencias en Barcelona maravillada; el viaje á Venecia, herida de la peste; la peregrinacion á Jerusalem cuando Soliman aterraba el corazon de nuestra Europa y Dragut infestaba con sus piratas el Mediterráneo; los vastos pensamientos de reconquistar por sí solo el Santo Sepulcro; los desafíos al mahometismo hallándose bajo su alfanje; la resolucion de estudiar desde las primeras letras hasta la Suma Teológica á los treinta y tres años; la paciencia invencible ante la Inquisicion de Toledo y Salamanca; el esfuerzo empleado para organizar una Orden la cual imperaba en las viviendas de los reyes y en las tribus de los salvajes desde la primera década de su fundacion; todas estas maravillas no han logrado ceñir á las sienes de San Ignacio la esplendente aureola cedida por el mundo á las sienes de San Francisco, porque los mayores empeños resultan tristes, baldíos, inútiles, si en vez de romper la cadena que pesa con tanta pesadumbre sobre la cerviz del humano linaje, la remachan y endurecen sus maldecidos eslabones.

Por consiguiente, la Europa liberal y moderna que no iria de ningun modo al centenario de San Ignacio de Loyola, irá seguramente al centenario de San Francisco de Asís. El sublime penitente que al resplandor de la luna en callada noche y al borde tranquilo de los lagos argentados cantaba en porfía y competencia con los ruiseñores de mayo, las alabanzas al Criador, bien merece un himno de los poetas del siglo décimonono. Como las alondras del cielo revolotearon á una en torno de su cadáver frio, las ideas de nuestro tiempo deben revolotear en torno de su sepulcro gloriosísimo. Si otro mérito no tuviera tanto monumento, tendría el artístico y literario de haber fijado en sus sacras paredes las pinturas giotistas y haber fluido de sus ciclópeas piedras la poesía dantesca. Los templos sobrepuestos, de los cuales uno se pierde como la semilla y las raíces en lo profundo, y otro vuela como las oraciones y los arpegios y el incienso en las alturas, corresponden á los tres términos del raciocinio, á las tres fases del tiempo, á los tres mundos de la eternidad, á las tres personas de Dios. Al pasar de uno á otro y ver los cuadros que han traído allí tantas figuras angélicas, medís con el pensamiento y agradeceis con el corazon los esfuerzos titánicos empleados por los artistas sublimes en

romper el cendal bizantino de la pintura cristiana y renovarla y rehacerla en los senos de la naturaleza viva para que no pareciese muerta como en los frescos de las Catacumbas ó rígida como en la liturgia de los mosaistas. Al mismo tiempo que veis las oraciones revoloteando en las espirales del incienso; al mismo tiempo que oís el Ave-María cayendo de las altas torres del monasterio; al mismo tiempo que adorais los santos consagrados por la fe tradicional en sus altares litúrgicos, sentís, cómo todas aquellas líneas y colores, todas aquellas reverberaciones de luz, todos los esplendentes iris despedidos por los pintados vidrios, todas las estrellas sembradas en las azules bóvedas, todas las figuras místicas y piadosas con alas blancas y aureolas áureas y palmas verdes y ojos extáticos, representan la expansion del humano linaje en su crecimiento, aspirando indeliberadamente á la libertad; y para merecerla y alcanzarla, poniendo entre las sombras del mundo y las claridades del cielo todo un Universo de maravillosas ideas por las cuales ha llegado nuestro espíritu á su plenitud y nuestra sociedad á su derecho.

Tan difícil como averiguar dónde ha ido la primera lágrima llorada por nuestros ojos ó el primer suspiro lanzado por nuestro pecho, es averiguar cómo surge una idea nueva en la conciencia y cómo pasa de la conciencia á los labios y como se difunde á su vez de los labios á los oídos ajenos y cómo entra en las almas y cómo funda sectas y hasta Iglesias y cómo se cuaja en materia social y se cristaliza en organizaciones políticas; pero en el convento de Asís, al resplandor de luz etérea filtrada por los vidrios multicolores; al canto elevado por el coro y que semeja el aleteo de las almas; al rumor del paso de los peregrinos sobre los pavimentos de mármol; entre aquellos santos y ángeles que se destacan de las paredes como ideas; junto á aquellas estatuas tendidas sobre las tumbas que os hablan de la eternidad con sus frios labios; creéis hallaros delante de una de esas rocas misteriosas donde terminan los terrenos primitivos y comienzan los terrenos secundarios y terciarios del planeta, porque os hallais delante del monumento sublime donde se transformaron los siglos feudales y nació el espíritu moderno en virtud de la palabra y de la pasión de un penitente á quien llamarán con justicia todas las generaciones el Cristo de la Edad media.

El grande mérito de San Francisco y su renombre, consisten hoy en el